



CAPÍTULO XXIII.

DRAMA.

SIN la luna, que sabe embellecer los objetos alumbrándolos de modo que se suavicen sus imperfecciones; sin el cielo tachonado de estrellas, que obligan á los ojos de la cara á llenarse de asombro y á los ojos del alma á meterse en honduras; sin el sueño, que, cuando se satisface á pierna suelta, viene á ser un período de vacaciones que se toma el alma, hemos de convenir en que la noche no podría dar muy buena idea de su persona. Cuando ella se envuelve en su manto de color de boca de lobo, y se lanza por esos mundos asida del brazo del dolor, que es su amigo, é imponiendo silencio á casi todas las voces de la naturaleza, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

ánimo más suelto y retozón se recoge un poco dentro de sí mismo; las ideas enfadosas que durante el día pasaron no más que rozándole, se fijan en él profundamente, y la imaginación, metiéndose en el abismo de los sinsabores de la vida, si no se perturba hasta el punto de crearse fantasmas ó ver visiones, logra cuando menos que el manto de la noche se convierta lisa y llanamente en manto de tristeza.

Algo de esto ocurría en el seno de la familia de Cañizares la noche que sucedió á la tarde en que se había verificado la visita al Convento. Las sombras que habían invadido las calles produciendo una oscuridad densa como el caos, ejercían sin duda su influjo en las gentes de la casa, las cuales, contra su costumbre, se mostraban taciturnas. En el reloj muy respetable de la estancia donde se solía cenar ordinariamente habían sonado las nueve; y el bueno de D. Martín, sentado junto á la gran mesa de nogal dispuesta para recibir la cena, repasaba por tercera vez á la luz del velón, con el ceño fruncido, una carta que temblaba entre sus manos. Aquella carta era un anónimo.

Asombrada María de la Paz de que el reloj hubiera sido más exacto que su marido en dar la hora de la cena, fué á buscarle, diciéndole desde la puerta de la habitación:

—¿Pero que es esto, Martín, tú sin dar señales de vida?

—Ahí verás, mujer (repuso Cañizares, guardando presuroso la carta, y haciendo un gran esfuerzo para serenar el semblante); estaba leyendo una cuenta que me importa mucho saldar, y se me ha ido la cabeza á pájaros. Pero tienes razón: que avisen á los muchachos para que vengan á cenar, y cenemos.

María de la Paz llamó á Marta para trasmitirle este encargo, y habiendo acudido á los pocos momentos Aurora, Nona y Fermín, toda la familia se sentó á la mesa.

Nunca decae más fácilmente la conversación que cuando se hacen esfuerzos para sostenerla. Aquellos cinco interlocutores, que se habían propuesto hablar y comer con el objeto de ocultarse unos á otros las preocupaciones de su ánimo, ni comían ni hablaban á derechas. María de la Paz, cuya vida conyugal había corrido tranquila en medio de los deberes domésticos, para el cariño y la virtud fáciles y amables, observaba inquieta á su marido, en cuyo semblante, que ella se sabía de memoria, veía algo extraordinario que no acertaba á definir, tal vez porque en aquella casa no se había albergado hasta entonces pasión alguna violenta.

En efecto: las frases que á duras penas hilva-

naba D. Martín con el propósito de mostrarse jovial, según costumbre, salían de sus labios con voz casi convulsiva. Era la primera vez que en su natural, franco y leal, se hallaban en desacuerdo el corazón y los labios; y como le costaba gran trabajo dominarse, tan pronto como la cena llegó á su fin, dió las buenas noches en ademán de levantarse de la mesa, con asombro de María de la Paz, que le detuvo, diciéndole:

—Martín, ¿te vas sin rezar la oración de gracias?

—Es verdad (repuso Cañizares); se me había ido el santo al cielo.

—Pues, mira, dile á tu santo que vuelva (añadió María de la Paz), porque no parece sino que esta noche te han dado cañazo.

Rezóse la oración de gracias; y aunque el sueño no quiso pesar sobre los párpados de nadie, por no cargar con la responsabilidad de la poca animación que había reinado en la mesa, empezó el desfile, y cada cuál se retiró á su respectivo aposento.

Fermín, al verse en el suyo á solas con su corazón, que le decía atropelladamente una porción de cosas, no sabía, digámoslo así, á qué palo quedarse. Las figuras de Nona y Aurora alternaban en su imaginación, produciendo ambas

en ella impresiones distintas, y apareciendo cada una á su vez con distintos colores siempre que pasaban. Nona, sobre todo, era la que más honda y tristemente ocupaba su atención. Revolviendo en su mente algunas circunstancias del proceso sobre las alhajas de la Virgen, su corazón y su inteligencia se sublevaban ante la idea de que Nona hubiera podido aceptar el galanteo del Diputado; en sus libros, en los discretos y honrados libros de Fermín, no se admitía fácilmente la posibilidad de un sentimiento amoroso entre el milano y la paloma. Sin embargo, no le era lícito dudar de que Nona había asistido á una cita desde la reja: además de que Marta lo había dicho claramente, la confusión de Nona cuando se hablaba, aunque sin darle en apariencia importancia, de algo relacionado con la cita, era de ello elocuente prueba.

Estremeciase Fermín al repasar en su imaginación todos estos datos. Y cuando recordaba el envenenamiento de la perra *Minerva* y sus causas más que probables; cuando de la revelación de aquel secreto, tanto más de guardar cuanto que fué depositado en el seno de la familia, deducía naturalmente hasta qué extremo había llegado la fascinación de Nona, entonces el dolor, la compasión y la ira se disputaban la posesión de su pecho, y el choque de senti-

mientos tan encontrados estaba á punto de volverle loco.

—¡No! (exclamaba en voz alta, hablando consigo mismo); no debo permanecer más tiempo en la inacción; es preciso salvar á mi prima pronto y á todo trance del peligro que la amenaza; su tranquilidad, su decoro, la honra de la familia, que es también mi honra, lo exigen imperiosamente. Y si para ello fuera necesario atropellar toda clase de respetos; si fuera indispensable matar á ese hombre como se mata á un perro rabioso....

Una fuerte detonación de arma de fuego, disparada cerca, muy cerca de la habitación de Fermín, y que venía á ser como el eco de sus propias reflexiones, le embargó el ánimo, dejándole sin acción breves instantes.

Repuesto de su estupor, y aunque no sin sobresalto, porque presentía una desgracia terrible, salió acelerado de su aposento, y fué á parar quizás maquinalmente á la reja de la cita. Asomóse á ella con afán angustioso, y á la escasa luz de un candil que temblaba en las manos del pobre *Chucho*, quien había salido á la callejuela al ruido del disparo, Fermín alcanzó á ver con espantados ojos un hombre tendido en el suelo, frente por frente de una de las ventanas del cuarto de Cañizares, y una mujer envuelta

en su manto, la cual se alejaba precipitadamente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de esa desventurada?—exclamó con desesperado acento.

Y al volverse para acudir en auxilio de la fugitiva, se quedó inmóvil y como extático, no acertando á creer lo que estaban viendo sus ojos.

Nona y Marta se dirigían presurosas al sitio donde él se hallaba.

—¡Tú, tú! (gritó Fermín al fijar la vista en su prima.) Pues entonces.... (añadió mostrando en el semblante tanta ternura como asombro): ¿quién puede ser?... ¿Quién es la que?... ¡Marta! ¿qué significa esto?....

—Esto significa (contestó Marta tristemente), que Nona, á instancia mía, se sacrificaba por salvar á su hermana.

Fermín estrechó contra su corazón á Nona, y besando aquella casta frente, repetía con fervor: «¡Bendita seas, bendita seas!», al propio tiempo que Nona, sin desprenderse de los brazos de su primo, y dirigiéndole una intensa mirada, tierna y suplicante, le decía con igual fervor: «¡Sálvala, Fermín; corre á salvarla!»

Fermín se echó inmediatamente á la calle, donde le cerró el paso un grupo de gente que ya rodeaba al herido.

El Diputado, pues era él, bañado en sangre,

y con indicios seguros en su rostro de ser muy grave la herida, decía con acento sarcástico y dirigiendo su mirada siniestra á la ventana de Cañizares de donde había salido el tiro:

—¡Ah, señor síndico, señor síndico!....: te conozco demasiado, para no estar seguro de que este regalo á ti es á quien lo debo.... ¡Vaya si te conozco!....: ni el lobo ni tu escopeta te sirvieron bien...., y, ¡es claro!, como hombre de recursos, te has valido ahora de mano ajena para librarte de mí y alzarte con el santo y la limosna....

Un vómito de sangre interrumpió al herido, de cuya boca empezaron á salir imprecaciones no menos sangrientas que el vómito, á punto en que llegaba el Juez.

Al verlo, brilló en los ojos del Diputado una alegría feroz, y prosiguió diciendo, como si hablara con el síndico:

—Pero... ahora, como junto á la madriguera del lobo, yo también puedo decirte: «¡Aún vivo!».... y ahora.... como entonces.... tampoco te vas á quedar con la carne entre las uñas, porque.... porque....

El Diputado presintió que otro vómito de sangre iba á interrumpirle de nuevo, y añadió, dirigiéndose al Juez:

—En confianza: sepa V. que el síndico es un

buen devoto....: en su casa.... están las alhajas de la Virgen....

Estas palabras fueron acogidas por los circunstantes con rumores de indignación; y atónitos se hallaban de haberlas escuchado, cuando se oyó clara y distinta en el interior de la casa de Cañizares la voz de María de la Paz, que gritaba angustiosamente:

—¡Fermín! ¡Nona! ¡Marta!.... ¡Socorro!.... ¡socorro!....

¡Fermín y el Juez, seguidos de algunas otras personas, penetraron presurosos en la casa; y guiados por la voz desolada de la Pacheca, que seguía pidiendo auxilio, llegaron al aposento de D. Martín, casi al mismo tiempo que Nona y Marta.

D. Martín yacía en el centro de la habitación, con todos los síntomas de un accidente apoplético: María de la Paz, arrodillada junto á él y activa en medio de su dolor, á duras penas sostenía la cabeza de su marido con un brazo, mientras que se valía del otro para desabrocharle la ropa. Nona y Fermín se arrodillaron también, secundando en sus esfuerzos á María de la Paz, y prodigando ellos y todos al enfermo los remedios caseros que en semejantes casos suelen multiplicarse. Al cabo de un rato, D. Martín abrió los ojos, aunque sin fijarlos en ninguna

parte, y denotando extravío en sus miradas.

María de la Paz y Nona lograron con sus ternezas llamar la atención del enfermo, en cuyos ojos fué reapareciendo la razón gradualmente. Pero á medida que ésta se restablecía, D. Martín fruncía el ceño; su semblante tomaba la expresión de concentrado enojo; agitábanse sus miembros con una especie de temblor convulsivo, y moviendo los labios con dificultad, exclamaba balbuceando:

—¡Hija desnaturalizada!.... ¡Infame!.... ¡Ah! Si mi escopeta hubiera tenido más de un tiro....

Y como reparara que María de la Paz hacía ademán de interrumpirle,

—No....; no me hables en favor suyo (añadió violentamente). ¡Es el baldón de la familia!.... ¡No quiero verla!.... ¡No quiero que vuelva á entrar en esta casa!.... La rechazo...., la mal....

—¡Martín, Martín! ¿qué vas á hacer? (gritó María de la Paz, poniéndole la mano en la boca). ¡Es tu hija!!!....

Aquel grito maternal que llevaba en sí la mayor de las elocuencias, paralizó la cólera de don Martín, quien, abriendo los brazos, estrechó fuertemente en ellos á María de la Paz, y se confundieron sus lágrimas y sus sollozos.

Á los pocos momentos, María de la Paz, sintiendo que su marido dejaba de estrecharla, se

desprendió de él para observar su semblante, exhaló un quejido, y ambos cayeron en brazos de Fermín y Nona: él sin vida, María de la Paz postrada por el dolor, y exclamando con los ojos elevados al cielo:

—¡Dios mío, amparadle y amparadme!....

Los circunstantes se postraron de rodillas, y el Juez, abriendo una esquila que acababa de llegar del Convento dirigida al difunto, leyó en voz alta lo que sigue: «Tranquilizaos: Aurora está aquí.»

Aurora, la hermosa y altiva Aurora, que aquella misma tarde casi había hecho befa del claustro, á las pocas horas vió en él su único refugio.

Su soberbia humillada había tenido la suerte de tropezar con la fe, y, véase lo que son las cosas: una ciega era quien la llevaba por buen camino.

Regla general: los corazones duros, cuando la desdicha los coge en sus manos, se ablandan.

FIN.

